

El poeta y la Muerte

Por Ignacio García



Buscaba, sin poderlo encontrar, su anterior y habitual miedo a la muerte. “Dónde está? ¿Qué muerte? No sentía miedo alguno porque no había muerte. En vez de muerte, era luz.

León Tolstoi
La muerte de Ivan Ilich

En su ensayo titulado *Notas sobre poesía*, José Gorostiza ofrece una visión, casi infinita, sobre el papel del escritor de poemas en esta tierra. El autor de *Muerte sin fin*, dice del poeta: “Entre todos los hombres él es uno de los pocos elegidos a quien se puede llamar con justicia un hombre de Dios”. Sea o no cierta tal afirmación, lo que sí resulta evidente es que el poeta de todos los tiempos se ha visto ligado a lazos y cordones indisolubles que para nosotros, los demás mortales, resultarían indiferentes. Estas

ataduras, que el poeta percibe y asimila con una intensidad mayúscula, llevan el nombre de Amor, se identifican como Locura, presumen de Fe o rechazo en Dios; y están ardorosamente vinculadas con la palabra y pasión llamada Muerte. De alguna forma, el poeta sublima estos objetos, a tal grado que llegan a ser una suerte de centro-cuadrícula de su existencia. Los ejemplos en la historia de la literatura y de la poesía en especial, sobran. Me limitaré a citar para el lector, los menos densos.

Nerval y su Estrella la muerte.

Sobra, por ejemplo, Gerard de Nerval quien, un día soleado, lleno de vida y empuje, decide darse muerte colgándose de una viga del techo de un bodegón. Las razones parecen ser, más que lamentables, llenas de justicia. Nerval había, en meses pasados, perdido a la amada (Jeny Colón) a quien tiempo después la identificará, en su novela inconclusa, con el nombre de Aurelia. El poeta comenzó a enloquecer y a buscar, con el intento de salvar esto que creía un castigo del cielo, al ser divino. Por eso escribe:

“A nosotros los poetas nos concierne mantenernos/ desnuda la frente, bajo las tempestades de Dios”.

La búsqueda de Dios, los delirios y los bruscos saltos mentales, le llevan a la convicción de que, sólo a través de la muerte, habrá redención. La muerte se convertirá así, no en el final, sino en el reencuentro con el amor. En el intervalo, se le oirá decir:

“Mi única Estrella la muerte y mi luto constelado / llevan el sol negro de la melancolía”.

La muerte para Nerval no significa contra-vida, más bien es la sustancia

desconocida que le hace vivir sin esperanza ¿Podrá la muerte, una vez cara a cara con ella, responder a cada una de nuestras interrogantes y paliar de algún modo el sufrimiento y la ausencia de la amada? ¿Es la muerte parte y esencia de Dios? ¿Quién sabe algo sobre esto? Nerval, comienza a maquinarse su muerte; la concibe y dilata. Un buen día se cuelga de la viga. Deja una nota que parece responder a todas sus preguntas: “¡Todo ha acabado, todo ha pasado! ¡Soy yo ahora quien debe morir y morir sin esperanza! ¿Qué es la muerte, pues? Si fuera nada ... ¡Dios lo quisiera! Pero ni Él mismo puede hacer que la muerte sea nada”.

Novalis: un himno a la noche

Sofía von Kuhn, de trece años de edad, era la prometida de Novalis. El poeta había dejado de escribir para dedicar su tiempo a la preparación de las nupcias. El destino le fue adverso y la amada murió dos años después. Entonces, como si la muerte fuera un duro acicate, Novalis concibió uno de los poemas mayores de la literatura: *Himnos a la noche*; e inauguró, asimismo, la transfiguración de su vida entera. En las páginas de su Diario puede leerse una nota que reza: “*Lo que experimenté por Sofía no es amor sino religión*”. La resolución de morir, sometida a duras pruebas por la fascinación que siente por la vida, es templada por Novalis en periódicas visitas a la tumba de Sofía. La muerte toma forma de preparación, de meditación consciente según la define Albert Camus. En una de aquellas visitas, Novalis tiene una experiencia que traduce así: “*Fui presa de un gozo indecible. Instantes de entusiasmo surgieron como relámpagos. De un solo soplo dispersé la tumba como si fuera polvo. Se la sentía próxima. A cada instante creí que iba a aparecer (...)*” Se dice que desde entonces Novalis vivió con la idea de que la muerte era un buen sitio para que Sofía lo esperara. En tanto, él le entregaba noche a noche fragmentos de sus himnos: la noche era esa muerte, tachonada por la estrella de Sofía.

La rosa de Hölderling

El caso de Hölderling se sitúa en los dominios de la leyenda. Hemofílico y débil, a los 34 años de edad, la locura había hecho presa de su mente. También a él se le fue el amor. Diótima lo abandonó para, posteriormente, morir. El poeta comenzó a arrancarse de sí mismo, se aisló del mundo y dejó que el delirio le mostrase la puerta luminosa de la muerte y Dios. “*La misión del poeta —dirá, en uno de esos días de iluminación— es la de nombrar y celebrar a los dioses para introducir en la vida sus altas potencias*”. Hölderling soporta con heroísmo la pérdida, a la vez que va tramando su muerte: esperaba el éxtasis a través del cual se haría cierta la promesa de recuperar al ser ido. Con tino calculado, según reza la leyenda, un día decide su muerte; va al jardín donde alguien cultiva rosas, y se pincha un dedo. No procura curar la herida. Lentamente, el encono y la hemofilia hacen su tarea. Hölderling muere persuadido de que el tramo que separa la vida de la muerte es lo suficientemente hermoso como para dar un paso atrás; y afirma: “*Contemplar en la existencia verdadera a aquella que fue tu deseo: su esperanza y su consolación en un templo de tinieblas infernales*”.

Otros casos no inadvertidos

Casi seguramente, esta página y muchas más se llenarían con nombres y corazones de poetas obsesionados por estos inasibles objetos. Baste citar a unos cuantos más, como nuestro Jorge Cuesta, quien llegó a apostar no por la muerte sino por la vida (experimentó con enzimas en su propio cuerpo, creyendo en la realidad de una fuente de la eterna juventud), y en el intento ingresó al reino de esa locura que es adjunta de la lucidez absoluta. Su **Oda a un Dios mineral**, es un repaso absoluto y vivo de alguien que es capaz de volarse la tapa de los sesos sin pestañear.

O quizás podemos concluir con Hoffman para quien Julia Mara llega a ser una criatura única y misteriosa, y en ello le va la obsesión, la locura y por fin la muerte, mientras interpreta una composición musical dedicada a la amada. O Gilberto Owen, quien en el delirium tremens provocado por la ingestión y suspensión progresiva de alcohol, cree avizorar una senda luminosa y redentora. O (por qué no?), con Jaime Torres Bodet, cuya carta póstuma es más un canto a la vida que una despedida lamentable: lo que resulta lamentable es hacer sufrir a los demás por un cáncer que se introdujo en su carne uno de esos malos días de a vida. En todo caso, terminar con ese epitafio que Xavier Villaurrutia escribiera para Cuesta; el autor de **Nostalgia de la Muerte**, dice:

“Agucé la razón / tanto, que oscura/ fue para los demás/ mi vida, mi pasión y mi locura/ Dicen que he muerto/ No moriré jamás: ¡Estoy despierto!/ Despertar es morir... ¡No me despiertes”